Reciprocidad

Recordando el adagio que habla sobre “escoger bien las palabras”, muchas veces la correcta o incorrecta puede llevar *persé* su propio matiz que termina por cambiar por completo el sentido de la frase: el mensaje.

De hecho, me he caracterizado siempre por escogerlas a veces, tan específicamente mal, que prefiero escribir una carta y hacer entrega; una carta que haya revisado minuciosamente esperando ser medianamente comprendido. A la final el mensaje no solo implica lo que yo diga con toda la carga emocional del apasionamiento de mis palabras, sino también todo el cumulo del estado actual del receptor. De cualquier forma, comunicar un pensamiento de la forma objetivamente correcta para que el otro entienda exactamente todo lo que se desea trasmitir es toda una hazaña, a mi parecer imposible. Siempre el estado subjetivo determina que el receptor va a entender de un modo u otro, “lo que le venga en gana”. Dicho lo anterior y antes de proseguir con lo propuesto, he de determinar de manera unilateral que quizá por eso el común de la gente prefiere la banalidad lingüística (hablar caca). Siempre la simpleza del mensaje a trasmitir facilita el entendimiento del otro y llevar de manera hilarante y comprensible una conversación más o menos profunda siempre es algo complejo por diversas circunstancias objetivas y subjetivas.

De algún modo y como segunda conclusión unilateral, terminaré por establecer la ley inmutable de que el lenguaje es siempre e inevitablemente subjetivo. Hasta un “Te amo” puede sonar agresivo, o como dicen en mi tierra “es el tonito”, pero no solo eso, un “te amo” también depende de si el interlocutor desea escucharlo, y todo ello, con todos los matices.

Volviendo al tema en sí, entre esos jugueteos internos de una mente acostumbrada a sobre pensar (sobre todo asuntos intrascendentales), sucede que a veces, entre las cavilaciones desprevenidas surgen epifanías.

No diré "por decir", que la presente haya ocurrido en un estado exaltado de lucidez; por el contrario, me agarró desprevenido sentado en mi escritorio de las conspiraciones mientras realizaba un trabajo cualquiera sin relación alguna.

Y estando ahí sentado con un cigarrillo en la boca, del cual me había olvidado por completo y cuya ceniza había caído en mis piernas dada mi concentración en la tarea, “reciprocidad” se me entró en la mente como si nunca jamás la hubiera escuchado, como si hubiese tomado cualquier diccionario y metido el dedo entre sus hojas al azar escogiendo un renglón cualquiera.

Obvio la había leído y escuchado, obvio sabia su significado porque la providencia me la había presentado un día cualquiera entre cualquier artículo de revista, poema, libro… no estoy seguro. No era la primera vez que tenía un acercamiento, pero era la primera vez que la asimilaba.

Ese ejercicio de descubrimiento de lo ya conocido no es nada extraño, de hecho, es demasiado común que siempre vemos, pero nunca observamos realmente, somos autómatas en todo el sentido de la palabra. Los edificios siempre estuvieron ahí y por ahí pasábamos diario, pero de

repente un día lo asimilamos. Igual ocurre con gente, calles, etc. Andamos tan abstraídos de lo posible que nos conformamos siempre con lo controlable.

Si bien he defendido siempre la idea de que el peor estado del hombre es el status quo, también es cierto que comprendo que en muchos ciclos de nuestra vida es preferible o pertinente cierto estado de resignación. Para evitar malinterpretaciones trataré de dejar claro esto antes de avanzar.

El status quo no es un estado en sí dañino, sin embargo, hay circunstancias en que si lo es. La estabilidad (emocional, financiera, pasional) es una necesidad, pero es contradictoria: por un lado, uno quiere avanzar y evolucionar, pero por otro uno no quiere perder esa estabilidad, eso hace que sea muchísimo más difícil tomar ciertos riesgos. Para ser concreto, alguien con estabilidad económica, no quiere arriesgarse a perderla, de hecho, la evolución en ese caso sería ampliar dicha estabilidad (conseguir más dinero). Unos pocos osados, más en el orden de la ambición desmedida que del riesgo tangible (como los ludópatas) son capaces de jugarse el todo por el todo y arriesgarse a perder toda esa estabilidad emocional; sin embargo, ese racionamiento rara vez parte de la racionalización del riesgo; sin ser un experto estoy más que convencido que el impulso no obedece al instinto racional de mejorar la condición monetaria actual, sino más a factores de orden social, psicológico o pasional.

Es por ello que un ludópata es capaz de jugarse a ciegas todo su patrimonio de manera casi instintiva, es por ello que el ludópata es capaz de "jugarse" la plata destinada al sostenimiento básico de su familia sin llegar nunca a reflexionar a priori sobre la posibilidad de perder.

Y todo esto se debe a algo que he dicho antes por ahí en alguno de estos textos: subestimamos la posibilidad de que algo malo ocurra y lo hacemos de una manera inconsciente y consciente, cuando la realidad es que la posibilidad de que ocurra o no puede incluso, en muchos casos, superar la posibilidad de que el resultado sea el esperado.

Si bien es cierto que la ruptura de ese status quo es de algún modo, la base de la evolución, en cuanto a capacidad de arriesgar y avanzar, también es cierto que lo es si se parte de una premisa racional y no mediada por la pasión nada más, o la pasión pasajera. Como dice cierta frase que leí algún día, quizá termina uno perdiendo por andar buscando y al final termina por comprender que sigue buscando precisamente lo que perdió.

Todo esto es una contradicción en una cultura que reza que "quien no arriesga un huevo no saca un pollo", más sin embargo también es cierto que "quien mata la gallina de los huevos de oro se queda al final sin la gallina y sin los huevos". Es una ambivalencia para la que solo queda como solución el amor propio y la conciencia crítica.

No pretendo, ni he pretendido nunca tener las respuestas, yo solo soy un agente de la disertación. Lo que si comprendo bien es que el riesgo debe tener mucho de racional y que hay innumerables ejemplos de resultados adversos, de cuando ese riesgo no se ha mediado por el raciocinio. Lo otro es la capacidad de racionalizar, pero realmente dudo que el problema se encuentra allí. Soy un convencido de que a todos sin excepción se nos dotó con dicha capacidad y que no es algo privativo de la ilustración; de igual manera hay machismos ejemplos de riesgos racionales desde el analfabetismo. Muchas de las grandes fortunas se han amasado por personas sin "ilustración" alguna.

Para no ahondar más en el tema y esperando haber dejado siquiera una idea, terminaré por expresar lo que siempre he defendido como el estado de resignación.

Volviendo a "la palabra" y su significado, "resignación se ha dotado de toda una carga emocional, social y de significado de matices no tan positivos; sin embargo, para mí el estado de resignación carece de tal carga si lo vemos como esa capacidad de racionalizar cuando tenemos algo bueno positivo entre las manos. Para dejarlo más claro, considero que en algún punto de nuestras vidas deberemos saciarnos. ¿no? (esa pregunta, obvio no es una pregunta, sino una afirmación crítica). Estamos tan obnubilados en una persecución de los otros, con una sociedad tan competitiva y viciada que hemos migrado a ser el ser insaciable. NADA NOS LLENA.

Para mí el estado de resignación es ese estado racional en que logramos entender que realmente estamos en una posición privilegiada (que no somos ludópatas). Ejemplos miles: el millonario que se ha hecho millonario a través de la sobre explotación de los trabajadores. y sigue. El que aprovecha la escasez de un producto básico de subsistencia para duplicar su precio, el que vende su casa para invertir en una pirámide, el esposo que tiene una esposa amorosa, pero necesita dos o tres amantes (para no tener precisamente contenta a ninguna, pero si a su ego y casi siempre porque una tiene el culo más grande), la mujer que acepta esa realidad porque tiene las tetas más pequeñas, la vanidosa compulsiva que tiene que aumentarse año a año el tamaño de los implantes para que la miren más, el "fisicoculturista" que sacrifica su capacidad sexual y se expone a enfermarse a punta de asteroides para estar más …

Todo ese quien no acepta su propia realidad y aprende a amar lo que hay y luego lo llaman amor propio… llámenme romántico. De hecho, todas esas preocupaciones nunca son preocupaciones internas validas, de hecho, son preocupaciones inducidas por una sociedad sin escrúpulos que los pone en una competencia de aprobación. Y así, en la actualidad el amor propio se parece más a una vanidad desbordada. Y si hay algo inequívoco que decir sobre la vanidad, es que nunca obedece a pulsiones internas, siempre es el resultado del juego de rechazo y aprobación social.

El estado más sublime de resignación, es el estado de aceptación (propia, eso es obvio). En cuanto a los demás… (Recuerdo que siempre cuando me desnudo ante alguien mi primera expresión es: eso es lo que hay y ojalá te haga feliz porque a mí sí, y si no te gusta, pues lo siento por ti.

En cuanto a mis pensamientos, siempre están desnudos.

La última idea que quisiera expresar (para continuar por fin con lo planeado), es acerca de ese estado de resignación, respecto de la frustración.

Si, somos una sociedad frustrada y lo somos por no encontrar un estado de resignación en positivo. Estamos tan digeridos por el miedo a la no aceptación, por "pertenecer" (no por ser, por más que te lo repitas) que estamos sobrepoblados de metas inalcanzables. Todos quieren ser ricos y famosos sin esfuerzo, todos quieren ser lindos según el canon (obvio) y el cual por cierto es generalmente repulsivo; todos miden su amor propio en seguidores de Instagram y en el número de pendej@s que tiene detrás y todos sin excepción andan frustrados por no ser suficientes para esa sociedad de mierda a la que aspiran pertenecer, porque nunca es suficiente, ni lo será.

Ese apasionamiento por la idea de la felicidad (simulada), de la belleza (simulada), de la riqueza (simulada), nos ha terminado por convertir en una sociedad simulada y enferma en que toparse una persona honesta, integra, recta, justa, autentica, es toda una proeza.

Tanta entereza para la estupidez y tan poca para lo “realmente importante”.

Retomando (ahora sí) …

Ahí estaba, reluciente y a la vista como el dolor de las noches de recuerdos atiborrados.

“Reciprocidad” no me parece una palabra tan musical como epifanía y ni siquiera se acerca al sinfín de emociones que desencadena melancolía... Acaso porque “melancolía” persé es como una puñalada lenta y armónica que atraviesa la piel lentamente milímetro a milímetro y que es más dolorosa que "dolor" porque agrupa "molestia, aflicción, tormento, suplicio, tortura" (entre muchas otras más cosas); “melancolía” es la expresión máxima de la tristeza a muerte lenta, de segundo tras segundo en descenso libre de desesperación y angustia constante, inagotable e imparable.

Y me vi de nuevo, de 14, 22 o 40… siendo el mismo en esencia.

Reciprocidad me hizo asimilar que no hay nada más que hubiera deseado nunca.

Y entonces retomé mis años, mis esfuerzos y pasiones y entendí que no me temo (al resultado de mis acciones), ni siquiera un poco, que no le temo al karma (ya he explicado por que nos gobierna el azar). Y que quizá por ello me parece absurda la ley de causa-efecto (como “ley”). Entendí que lo que siento y he sentido y la manera como he actuado en tantas situaciones de mi vida están ahí resumidos.

Y entendí que hoy como siempre, si hay algo que le he exigido a la vida y al universo y a quienes me rodean o han rodeado ha sido reciprocidad.

Siempre digo que el único que no espera nada de ti, es quien piensa que no tienes nada que ofrecer.

Lo que he dado siempre, ha sido lo que he esperado recibir.

www.duermevela.co